

José Cañas Torregrosa

Profesor de Educación Primaria especialista en Expresión Dramática

Autor de teatro infantil y juvenil

EL PROSPECTO DE KABUL

El almuedano de la mequita de Milad ul Nabi había acabado hacía unos minutos de llamar a la primera oración de la mañana. Al poco rato, el centro de Kabul se despertaba junto con miles de personas que, de repente, daban un colorido turbio y chillón al ambiente fresco de un día, monótono, gris y ritual como los anteriores. Nazyfa miró sin perder un segundo a su hija adolescente. La fiebre había descendido. Shamira ya no murmuraba ni se debatía entregada al sudor y a la pesadilla. Por eso, verla tranquila ahora, le llenaba de esperanza. En realidad, nunca la había perdido porque Shamira, desde su nacimiento, en esa misma casa, representaba eso precisamente, su esperanza. No quería que le ocurriera como al pequeño Omar que murió en el parto y al que nunca pudo conocer. En esta ocasión, hubiera dado todo por llevar a su hija al hospital Maywand, un nuevo centro médico amparado y auspiciado por los americanos enclavado en las afueras de la ciudad, en donde –según le habían dicho otras mujeres– una doctora llamada Satar recibía y reconocía directamente a los enfermos a pesar de las amenazas constantes de los mullahdines. Pero con Fahim, su marido, fiel creyente, esto no era posible. Tenía que cumplir escrupulosamente la ley coránica y ésta impedía que las mujeres afganas pudieran ser atendidas por médico alguno. Nazifa, ahora que Fahim se había marchado, se dispuso ceremoniosamente a abrir la caja de la medicina que su marido le había traído para Shamira; extrajo, en el mayor silencio posible el papel mil veces doblado que se encontraba en el interior de la cajita y, con emoción, se dispuso a leer aquellas palabras que aparecían proporcionalmente escritas en parsí, tayico e inglés. Costaba leer esas letras tan pequeñas pero ni el reducido tamaño ni la terminología iban a impedir que Shamira se informara del alcance curativo de la medicina.

_ ¡No sirve! ¡No le sirve! –exclamó Nazyfa enrojeciendo de pronto y llenándose de tensión, sorprendiéndose también por el tono de voz utilizado. Y de nuevo siguió leyendo ávidamente con la intención de encontrar alguna excepción que avalara la toma. Con la lectura, no pudo presenciar lo que, momentos antes, tanto ansiaba ver: los ojos inmensamente negros de Shamira, ahora sorprendidos y abiertos.

_ ¡Mamá! ¿Qué haces?

_ Yo... ¡hija!

_ ¿Estás... leyendo?

La pregunta de Shamira cortó el aire cargado de la habitación dejando a la niña durante un corto periodo de tiempo un denso silencio por respuesta.

_ No puedo ocultarte nada, hija mía. No quiero hacerlo. Pero mis temores son tan grandes que sólo puedo pedirte comprensión y prudencia. Las paredes de las casas de esta vieja ciudad tienen oídos y los hombres lo saben...

_ Entonces, ¿es verdad? ¿Sabes leer?

_ Sí, Shamira.

_ Pero ¿cómo aprendiste? Tú, al igual que yo, nunca fuiste a la escuela.

_ Tal vez sea este un buen día para contarte: Yo era una niña, como tú; tenía apenas once años. Y también estaba enferma. Durante largos meses, postrada en el lecho, mi madre me atendió con paciencia y sin que el abuelo ni tus tíos se enteraran, me regaló un libro llamado “El collar de la paloma”; es un libro prohibido que escribié un muladí español llamado Ibn Hazm. Me lo entregó en secreto y en secreto lo he guardado todos estos años. Con ese libro y con la ayuda de la abuela aprendí a entretrejer palabras y sílabas, a hacer resonar frases y versos para que estos me hablaran y alimentaran mis sueños. Con el libro y con sus palabras he ido creciendo. También con la esperanza de que un día lo hicieras tú y reconocieras que el amor puede cambiar el curso de la historia y de la propia vida, pues de eso, del amor verdadero, habla el libro.

_ ¿Dónde está?

_ Lo guardo en el arcón de la abuela, en un doble fondo. Cuando estés mejor, te lo enseño, hija mía. Nadie lo sabe. Nadie lo ha visto.

_ Ya estoy mejor, mamá. Por favor, muéstrame el libro.

Las palabras de Shamira sirvieron de resorte. No importó nada más. Tal vez el libro tuviera también la mágica virtud de la sanación. Por eso, madre e hija, apoyadas, más que nunca, atravesaron tres habitaciones de la vivienda hasta llegar al arca grande donde tantos recuerdos había dejado la abuela Sahar. Nazifa fue sacando todos los objetos y manteles que guardaba el mueble hasta que llegó hasta el fondo; maniobró un poco con las manos y separó unas tablas. Allí estaba el libro. Cubierto por un pañuelo de seda rojo. Ceremoniosamente lo descubrió. Entonces quedó finalmente desnudo, libre para volar. Madre e hija lo miraban hechizadas.

_ Mamá, léeme un poco por favor, -dijo Shamira invitando a su madre al deleite de la palabra que envuelve, y ella lo hizo, con voz pausada, como si las palabras fueran suyas por entero:

Me quedé con ella a solas, sin más tercero que el vino,
mientras el ala de la tiniebla nocturna se abría suavemente.

Era una muchacha sin cuya vecindad perdería la vida.

¡Ay de ti! ¿Es que es pecado este anhelo de vivir?

Yo, ella, la copa, el vino blanco y la oscuridad
parecíamos tierra, lluvia, perla, oro y azabache...

La última palabra del poema coincidió con un golpe en la puerta y unos pasos que siguieron apresurados a todos los objetos del arca que cayeron, ahora, en ella sin orden y medida, atropellados por la prisa. Nazifa conocía bien aquellos pasos porque Fahim era grande y poderoso. Pero tenía las piernas pesadas. No era precisamente joven. La habían casado con él a pesar de la negativa de la abuela Sahar cuando Nazifa apenas había cumplido los trece. Cuando entró en la estancia la esposa cerraba, aún con presura, la pesada tapa del arca.

_ ¿Qué es todo este alboroto? ¿Es así como se recibe al marido en esta casa de locos? Y lo que es peor, ¿qué hace Shamira levantada?

_ Nuestra hija, como ves, esposo mío, está mejor. Le enseñaba recuerdos de su abuela cuando llegaste.

— Está bien, mujer, pero no creo que la medicina que le traje anoche haya obrado ya el milagro. Sólo, Alah, El poderoso, El Único, sabe por qué mi hija está ya levantada. No debo ni quiero saber más que Él.

— Precisamente, de eso, de la medicina, quiero hablarte —dijo tímidamente Nazifa. Creo que no se la debemos dar a Shamira.

— ¿Cómo dices? No sabes bien, mujer inculta, cuando me costó conseguirla. Vale un dineral. El propio doctor Mehdí, el director del hospital, me la aconsejó. Y esa es la medicina que se tomará. ¿Es que no quieres que nuestra hija sane definitivamente?

— Pero Shamira, desde pequeña, es diabética, como bien sabes, y no tolera, por tanto, la glucosa. El medicamento tiene glicerol que es contrario a su enfermedad.

El hombre se acercó, estrecha y duramente a su mujer. Con una brutal rabia contenida asestó una bofetada sobre el rostro de Shamira que cayó de bruces al suelo.

— ¡Eres una ignorante! ¿Sabrás tú más que Mehdí, el sabio, el mejor médico de Kabul!

— Yo sólo digo... -Y un camino, torpe y rojo, comenzó a manar de la boca de Shamira.

— ¿Sigues replicando? — el burdo marido avanzó de nuevo con la misma y despótica actitud, dispuesto a repetir sus golpes.

— Detente, padre, mío, por favor, detente... Mamá también es sabia como Mehdí... Porque mamá, padre... ¡mamá sabe leer!

Un destello negro salió de los ojos de Fahim y se clavó en Shamira, que irguió con dignidad la cabeza, ahora sí, mirando de frente a su marido, casi desafiante, orgullosa... Fuera de la casa y al mismo tiempo, Kabul seguía lanzando andanadas de voces, de ruidos de carros, de motocicletas y de algunas palabras en inglés que se mezclaban, militarmente, con la cotidianidad del día.